

Seudónimo: MAU

Título: El Intruso

Categoría: Familiar Cuento

Siempre fueron una familia unida. Un clan como les decían algunos, aunque a Emma no le gustaba esa denominación para su familia. Para ella, su marido y sus tres hijos eran seres individuales. Cada uno con su carácter bien definido, sus gustos, preferencias y elecciones.

Por eso al venir grandes todos siguieron carreras distintas, nada que ver con las profesiones de ellos dos, los padres. Tampoco habían elegido parejas que se parecían a ellos. Ni siquiera pensaban lo mismo sobre política, religión, ni les gustaban los mismos equipos de fútbol.

Pero siempre habían estado juntos, acompañándose. Mientras los hijos fueron chicos, Emma y su marido los educaron de común acuerdo. Eso lo tenían conversado desde que eran novios, y pensaban en casarse y formar una familia.

Sus salidas eran multitudinarias porque con tres hijos, más algún amiguito que se colaba, la camioneta rebosaba de gente, bártulos, juguetes.

También sus vacaciones lo eran. La casa de veraneo se llenaba de amigos, y era muy divertido compartir playa, tardes en el jardín, y noches tomando algo fresco y comiendo la consabida picada que era el principio de una larga velada de asado y charla. Tampoco faltaban los dulces y tortas que alguno aportaba.

Durante el año laboral los desayunos eran rápidos, porque había que alistarse para llevar a los chicos al colegio y llegar al trabajo. Pero las cenas eran prolongadas y con conversaciones que se cruzaban de una a otra punta de la mesa.

-¿Qué vieron hoy en el cole? Preguntaba el padre, ya que para él adquirir conocimientos sobre temas tan importantes como la matemática y la contabilidad eran prioritarios.

Para Emma saber si sus hijos eran felices en la escuela, si tenían amigos, si había una comunicación fluida con los profesores, si eran escuchados y si disfrutaban con el aprendizaje también eran temas de preocupación. Ella siempre había preferido las materias humanísticas y la biología. Pero todo era importante, porque iban a poder aplicar esos conocimientos en sus vidas futuras. De ahí surgirían sus vocaciones.

Con los años cada uno siguió diferentes carreras, el mayor era arqueólogo, el del medio médico, la más chica estudiaba abogacía.

Cuando los hijos decidieron partir de la casa familiar, y formar sus propias familias, Emma y su marido pensaron que ese era el momento de viajar. Pero nunca llegaba la ocasión, porque el casamiento de uno, los preparativos para el nacimiento del primer nieto, los sucesivos embarazos de hija y nueras, la entrada al jardín de infantes de los chicos, los actos escolares, no se los podían perder. La familia era lo más importante para ellos.

La casa volvió a llenarse de risas, llantos de bebés, pañales, juguetes desparramados por el piso. ¡Pero la reunión familiar era una fiesta para todos, grandes y chicos! Siempre había un motivo para celebrar, un cumpleaños, un aniversario, las fiestas de fin de año, y más que nada la comida del domingo con toda la familia reunida.

El asado que preparaba el hijo mayor, mientras el padre condimentaba ensaladas, daba los últimos toques a los aderezos, y descorchaba un buen vino, eran el preludio para matizar la espera en que las achuras estuvieran listas y se sentaran a comer. Mientras tanto los varones conversaban bajo el quincho, y ellas, las mujeres,

vigilaban a los chicos que disfrutaban del sol en el parque, la canchita de fútbol y en verano la pileta.

Ya en la mesa, el padre les contaba su trajín de la semana, los hijos y el yerno opinaban de política y deportes. Infaltable el tema económico, la subida del dólar, el último discurso de algún político de turno.

-¿Qué pensás viejo de las últimas medidas económicas? Preguntaba uno de ellos.

Entonces el padre, empezaba a explicarles como afectarían en el bolsillo de cada contribuyente.

Después saltaban a discutir el último gol del partido de fútbol que habían visto entresemana. Ahí las voces se elevaban, pero al final todo terminaba en carcajadas y bromas.

Las mujeres tocaban temas diversos, educación de los hijos, colegios, o le pedían consejo a Emma sobre qué hacer con el más chiquito que no quería dejar el chupete ni la cama de sus padres.

-¿A qué edad pensás que sería conveniente que Juanchi deje el chupete y la mamadera, Emma? Decía una de las nueras.

-¿Cuándo le sacaste los pañales a tus hijos? Insistía la otra.

-Bueno... Ustedes tienen que ir viendo como es el desarrollo de sus hijos. No todos los chicos maduran al mismo tiempo. Tengan paciencia.

-Pero vos, como psicóloga, debés tener una opinión formada. ¿Qué decís?

-Sobre mis nietos, que son eso, mis nietos y yo su abuela. No soy su terapeuta. ¡Para mí son perfectos, jaja! Pero les puedo recomendar algunos libros que las van a guiar en este proceso de cambio.

Emma buscaba en su biblioteca y les pasaba libros, nombres de autores, artículos que trataran los temas que les preocupaban.

-Y vos mamá, ¿qué pensás de que deje abogacía, cruce Figueroa Alcorta, y me dedique al arte? Preguntaba la hija menor que había pasado muchas horas en el Museo de Bellas Artes, recorriendo sus muestras que tanto le apasionaban.

-Lo que te haga feliz, es lo que realmente importa. Creo que ese profesor que alguna vez te dijo, hecha la ley hecha la trampa, no ayudó mucho para que te entusiasmara seguir con una carrera que no te cierra. Pero vos tenés que elegir, tu elección es lo que importa.

Emma siempre era muy medida para contestar lo que su familia le requería. No se sentía el oráculo, como a veces sus hijos o también su marido la consideraban. Pero era bueno que quisieran saber su opinión. El poder escucharlos en sus cavilaciones, y también aconsejarlos, aunque más no fuera con una palabra, era un momento de comunión.

Pasaban la tarde entre charla y charla, los varones con el truco, las mujeres preferían la canasta.

Todo transcurría plácidamente hasta que un domingo alguien de la familia se presentó con él. Emma no lo esperaba. Tampoco el resto de la familia, aunque sabían de su existencia.

Fue una llegada sorpresiva, abrupta. Al principio la novedad, la curiosidad por saber que les traía de nuevo a sus vidas, hizo que todos se acercaran expectantes.

Poco a poco fue ganando espacio, y su palabra se transformó en lo único importante. Era autoritario, se imponía, y si lo dejaban de lado, aunque solamente fuera un rato, se hacía sentir.

Emma nunca lo vio con buenos ojos, no lo había invitado a su casa. ¿Qué hacía entre ellos en sus reuniones familiares?

Se había metido en su hogar, en su familia y con él llegaron las miradas ausentes y también el silencio. Ya nadie conversaba, porque estaba él, el intruso.

Hasta los chicos habían dejado sus juegos por él. Así fueron abandonando pelotas, patinetas, rollers, juegos en el agua, risas y griterío.

Estaba él en la casa.

Los grandes se veían ensimismados, callados, como perdidos. Si Emma les preguntaba algo, no contestaban. Estaban como abstraídos, en otro mundo.

Unos días después, Emma cumplía años. Se levantó de la cama y como todos los días se dirigió a preparar el desayuno. Su marido la esperaba con una cajita de regalo envuelta en un papel muy vistoso.

-¡Es mío y de los chicos! ¡Feliz cumpleaños querida! Le dijo y la besó.

Emma se acercó, abrió el paquete y sacó el regalo.

Y sin decir nada, salió al jardín con él entre sus manos, caminó hasta la pileta, y ahí después de golpearlo contra el borde de piedra, lo tiró al agua. Total, no sabía nadar. Por lo menos había algo que no sabía hacer el intruso...

